

IMAR MIGUEL LAMONEGA

23 de diciembre de 1976

“Mirá, si nosotros no apostamos por la vida, ¿para qué carajo hacemos una revolución?” dijo Imar Lamonega, escritor, poeta, militante y gremialista. Trabajador de YPF en la destilería La Plata, delegado por más de 20 años y padre de tres hijos. Un berissense de pura cepa que nació el 3 de julio de 1934 y cursó la primaria frente a la plaza Almafuerte, en la vieja Escuela 14 (actual N°6), cuando ésta era de madera y en la galería del patio colgaban las cenefas. Terminaban el sexto grado con pantalones cortos y a sus viejos los trataban de usted. Allí compartió esos años con Domingo Kuz, Raúl Donofrio, Miguel Allevatto, José Drkos, Benedicto De Santis, Rubén Curcio, Jorge Tempesta, Antonio De Santis entre otros compañeros.

A mediados del 2005, cuando este libro era un proyecto, me reuní con Mariano García Izquierdo, escritor, actor, periodista y conductor radial, para conversar sobre Imar. Sabía que lo había conocido a fines de los 50 principios de los 60, y que con otros artistas integraron un grupo de poesía y de teatro en nuestra ciudad. La memoria de Mariano lo llevó en el tiempo a 1957 *“... año en que publicábamos el periódico Pulso de Berisso dirigido por Federico Carranza, todavía leo unas notas escritas por chicos de 20, 22 años y me parecen excelentes. Me acuerdo del trabajo que realizábamos en la redacción, en esa época, formaban parte Imar, Walter Elenco Vasiloff, Costa, Esteban Peikovich, Aurelio Farías y Carlos Amado. Con Imar éramos muy compinches, tenía una moto Vespa con la que íbamos a realizar notas o levantar avisos. Éramos muy soñadores y nos presentamos en varios concursos, tuvimos la suerte de llegar a una final de poemas en la Alianza Francesa de Buenos Aires. Yo, con mis 22 años, era lo que hoy sería director de Cultura; y desde los 15 estaba en el grupo de Teatro del Hogar Social. Para una obra que íbamos a realizar necesitábamos chicos y pusimos un aviso en el diario. Se presentaron Lito Cruz y su hermano Coco. Por esos años se había disuelto el Teatro Moderno de La Plata y quedó mucha gente en banda, ahí llegaron Víctor Manso y Federico Luppi, que se incorporaron al grupo. La gente de teatro y los escritores no estábamos tan juntos pero había cierta conexión, existían puentes. Dios nos creó y el viento nos arremolinó. El nexo de todo eso era Esteban Peikovich. Formamos un grupo, no había organicidad ni nada por el estilo, sino que nos reuníamos en mi casa, la de mis abuelos, una casa grande con mucho espacio, que llegó a ser la sala de ensayo del grupo ‘Teatro Equipo’. Lo integraban Alicia, la hermana de Walter, Carmen Petcoff, Martín Adjemian, Juan Minko, Nelly Otero, Martha González, Walter Pochi Zuleta, Lito y algún otro que se escapó de la memoria. En una oportunidad hicimos ‘Borrachera tenaz’ una obra de Anton Chejov cuyo monólogo de manera brillante, lo hacía Luppi. Federico vivía en Villa Dolores, creo que en la calle 26”* contaba en esa entrevista Mariano García Izquierdo, que falleció en el 2006.

Federico Luppi, uno de los actores más importantes de nuestro país y reconocido en el exterior, llegó a nuestra ciudad para trabajar en el Frigorífico Swift. Rápidamente se integró al movimiento artístico del nuevo municipio. En el 2010 a pedido de la familia Lamonega recordó a su entrañable amigo *“... nos conocimos cuando llegué a Berisso. La inquietud del*



Imar Lamonega (centro), Mariano García Izquierdo y Walter Elenco Vasiloff (a la derecha).

teatrista me llevó a juntarme con gente del lugar y formamos un modesto conjunto de actores que intentó hacer del teatro nuestra ocupación primordial, mientras el trabajo en los frigoríficos nos permitía parar escasamente la olla; Lito Cruz, Víctor Manso, Walter Zuleta, la familia González, padre e hija, fueron los audaces navegantes iniciales y tuvimos la dicha de transpirar nuestro entusiasmo en el Hogar Social, girar por Berisso y Ensenada y hasta invadir algunos barrios platenses; un día apareció en un ensayo y comenzamos un intercambio de figuritas, en el que yo le hablaba de la capacidad transformadora del teatro (¡Ay! ¡Los sueños!), y él me leía sus poemas en los que discurrían trabajosamente los anhelos de un mundo mejor y las dudas del literato acuciado por el dorado y necesario equilibrio entre estilo y contenido. Así en interminables mateadas extendidas en el tiempo, recorrimos los misterios de la creación que, por supuesto nunca logramos desentrañar, pero que en el caso de Imar lo afirmaban cada vez en su insoslayable condición de poeta. Su visión de las personas, del complejo mundo social, del detalle cotidiano, le permitían plantar los pies en la tierra y con igual 'rotundez' volar con su imaginación hasta captar la incandescencia de todo lo que vivía. A tantos años, sorprende aún hoy su coherencia sin fisuras, su apego a la verdad del afecto solidario, su entereza, que lo llevaba a una militancia laboral ineludible y, a la vez, a fortalecer la riesgosa praxis de que acto y pensamiento deben ir juntos. Años duros, plenos de riesgos y de sueños; los riesgos emergían del trepidante avance de una política salvaje, del empobrecimiento brutalizante que atentaba contra el trabajo, la salud, la cultura, y por una economía manejada por los eternos ladrones del sudor ajeno; los sueños eran el acotado refugio donde lamíamos las heridas del desencanto; ahí, Imar exhibía siempre un razonado optimismo, una fe en las reservas de lucha y coraje de lo colectivo y, a menudo escucharlo, me devolvía a mi casa en la madrugada con el espíritu remendado, y un poema leído al final del mate como prenda auspiciosa de 'mañana será otro día'. Podría esbozar toda una vida con su recuerdo, pero déjenme decirles que Imar fue el peaje, junto con otros miles, que hubo que pagar para que nuestra historia, la chica y la grande, siguiera su marcha y que lo digno, si es que esta categoría aún conserva sentido, tuvo en él su representante más genuino", concluyó Federico Luppi.



Exilio en Cuba con toda su familia.

La poesía, el teatro, los amigos y el amor marcaban el ritmo de la vida. En 1968 Rosa su compañera esperaba la llegada del tercer hijo, ya daban vuelta por la casa Gabriela de 8 años y Adrián de 6. No fueron días fáciles, la dictadura de Juan Carlos Onganía gobernaba el país. El general que en el centenario de la Sociedad Rural ingresó en una carroza al predio de la institución, el que atacó a la Universidad en “La noche de los bastones largos” y las mentes cortas. La noche en que se incineraron libros considerados “marxistas”. Se encarceló a los que piensan distinto. Se impusieron silencios, prohibiciones, disciplina, orden, censuras y puso en marcha la doctrina de seguridad nacional donde el rol de las Fuerzas Armadas era perseguir a los enemigos internos y combatirlos dentro del país. En el plano económico designó ministro de Economía a Krieger Vasena, quien meticulosa y sistemáticamente abrió las puertas a los monopolios extranjeros, fomentó la concentración de los resortes económicos en pocas manos, aplicó una devaluación del 40%, un congelamiento salarial, incremento de tarifas en los servicios públicos e impuestos y reducción del empleo estatal. Aplicando una vez más, recetas económicas impuestas por los organismos internacionales que beneficiaron y enriquecieron a muy pocos, condenando a la miseria a las grandes mayorías populares.

En septiembre de ese año el rumor que circulaba en la destilería de YPF era que la administración avanzaría en quitar históricas conquistas de los “ypefianos”, como lo eran las 6 horas de jornada por insalubridad (conseguidas en el primer gobierno de Perón). A consecuencia de esa reducción se reubicaría al personal excedente, eufemismo del despido o retiro voluntario que conoceríamos en la década del 90, y se preveía el aumento de la edad jubilatoria para los “embarcados de Flota” que serían excluidos del régimen de jubilación preferencial por desarrollar tareas insalubres, riesgosas o penosas. Ante los rumores crecientes, el Secretario General del SUPE Ensenada, Raúl Cominotti, vecino de Berisso, que residía con su familia en la calle Tolosa (154) entre Callao (10) y Guayaquil (11), reunió la comisión directiva y el cuerpo de delegados, que integraba Imar, y conjuntamente decidieron convocar a una asamblea, que se reunió el día 20 dando mandato a la conducción

para que en caso de que se implementaran las medidas anunciadas, se realice un paro por tiempo indeterminado.

El administrador de YPF firmó la Circular N°2720 anunciando que el día 26 entraba en vigencia la jornada de 8 horas y los nuevos requisitos jubilatorios. Cumpliendo el mandato de la asamblea cerca del mediodía del 25 de septiembre de 1968, los trabajadores de la destilería de YPF en Ensenada abandonaron la planta, más tarde se plegaron los trabajadores del Taller Naval, Almacenes y Muelle de YPF, y a medida que llegaban al puerto, los embarcados fueron abandonando los buques. Ese mismo día se conformó un comité de huelga entre los tres sindicatos intervinientes. Raúl Cominotti (SUPE Ensenada), César Berón (Sindicato Flota) y Rodolfo Santucho (Taller Naval). El nivel de acatamiento de la medida fue total, el diario *El Día* informaba que *“las instalaciones quedaron desiertas y cosa sin precedentes, fueron extinguiéndose los humos de las chimeneas”*. Ante tamaña medida de fuerza que dejó vacía la destilería, la dictadura preparaba su respuesta: militarizó toda la región, comenzó una campaña pública de difamación y canceló la personería gremial del SUPE Ensenada y del Sindicato Flota Petrolera.

La Federación donde se agremiaban los trabajadores petroleros del país se encontraba dirigida por Adolfo Cavalli, que con la excusa de que no habían reprimido a los huelguistas, decidió que el ámbito nacional no se plegaría a la medida. Cuando los tres sindicatos locales le respondieron que la cancelación de las personerías ya era represión, la respuesta fue el silencio e iniciaron el boicot contra la huelga. Esta situación marcó tres niveles de lucha: al interior de la fábrica por preservar las conquistas, en lo político contra los planes económicos que permitían a las empresas privadas explotar yacimientos de petróleo, y a nivel sindical desafiando la actitud colaboracionista de la dirección nacional del SUPE.

Las divergencias con la conducción nacional venían de tiempo atrás y se enmarcaban en la disputa al interior del movimiento obrero. La CGT estaba dividida en dos sectores. La CGT Azopardo, también llamada colaboracionista por su postura de diálogo con la dictadura, donde estaba enrolada la Federación Nacional del SUPE y conducida por Augusto Timoteo Vandor; y el otro sector liderado por Raimundo Ongaro, constituyendo la CGT de los Argentinos, anti dictatorial y con propuestas de corte antiimperialista, que tenía a Raúl Cominotti del SUPE Ensenada, como uno de sus miembros. Más allá de los temas puntuales del conflicto, lo que existía entre ambas conducciones era una diferencia política de fondo en la relación con la dictadura. Los días pasaban y los huelguistas se mantenían firmes. La conducción enfrentaba al gobierno que intentaba romper la huelga con personal jerárquico. Los “carneros” iban a trabajar custodiados por la policía. La empresa enviaba telegramas de despido. El gobierno perseguía y encarcelaba a los activistas que en su mayoría debían permanecer en la clandestinidad y además estaba la interna del gremio que llevó a que otras filiales importantes (Mendoza, Comodoro Rivadavia, Salta, Neuquén, Santa Cruz), no se sumaran a la medida de fuerza limitando el conflicto a la destilería La Plata.

La “Huelga Santa”, denominada así por el acompañamiento de algunos sectores de la iglesia, sumó apoyos regionales de los sindicatos adheridos a la CGTA (que repartían víveres, vendían bonos) y la lista Celeste y Blanca del Frigorífico Swift. Se conformó un comité de mujeres, recibieron ayuda de peñas peronistas, de la Federación Universitaria de La Plata. Comerciantes y vecinos de la zona colaboraron a pesar de la represión policial, que llegaba a prohibir actos de solidaridad con los huelguistas. A mediados de noviembre, los medios anunciaban que la destilería estaba funcionando, los despidos eran más de 1000.

Las seccionales petroleras del interior, en colaboración con Shell y Esso, garantizaban el abastecimiento interno de combustible y, más allá de las expresiones de solidaridad, ningún otro gremio se sumó al paro. Los intentos de dialogar o negociar encontraron el rechazo absoluto del gobierno para dar marcha atrás con alguna de las medidas tomadas. El aislamiento del conflicto, la persecución de los dirigentes, el desgaste de dos meses, llevaron a que el 26 de noviembre el “Comité de Huelga” se reuniera con dirigentes de los sindicatos más importantes de la zona en la iglesia San José Obrero conducida por el padre Pascual Ruberto, y resolvieran *“declarar extinguida la medida de fuerza, dejarla ad-referéndum de las próximas asambleas y congresos de los sindicatos, exigiendo la devolución de los locales sindicales, la restitución de la personería jurídica, la liberación de los detenidos y ayudar a los cesantes”*. Después de 62 días la “Huelga Santa” en la destilería más grande de América del Sur había terminado, y comenzaba la larga lucha por la reincorporación de los 2500 cesantes, que concluiría en 1974. Los tres secretarios generales de los gremios locales y más de 50 delegados fueron detenidos y encarcelados, entre ellos Imar. El conflicto de la destilería fue uno de los más importantes ese año y abrió el camino al Cordobazo que sería un golpe letal para la dictadura de Onganía.

Gabriela su hija mayor, recordaba que cuando su papá estaba preso *“... llevaron a un grupo de alumnos, entre los que estaba mi hermano, a conocer la Comisaría de Berisso, ninguno de los dos sabía que estaba el otro, se encuentran, fue muy fuerte y mi viejo escribió:*

*... De pronto, boquiabierto, me encontré
ante el presidio.
¿Qué altura pisé ahí,
tirado en la humedad bajo la manta
que olía a otras angustias?
Seguro que no fue cuando llenaron
la cárcel de escolares
y me sacaron adrede, para apagar las risas
y chocar con la triste mirada de mi pibe,
quien me colgó la mustia guirnalda del abrazo
y se alejó humillado...”*

Imar Lamonega tenía dos pasiones: la política y la cultura, cuando salió de la cárcel ya había roto con el Partido Comunista y se había sumado al PCR (Partido Comunista Revolucionario) que tenía una orientación maoísta. La región era un hervidero de resistencia a la dictadura. En La Plata se encontró con un viejo camarada, Luis María Logiurato, que sostenía *“o entendés al peronismo o no entendés a la Argentina”*, y propiciaba el encuentro entre el peronismo de base y las diversas corrientes marxistas. Le propuso sumarse a un grupo de compañeros y compañeras de distintos orígenes políticos que habían conformado la “Guerrilla del Ejército Libertador” (GEL), y tenían decidido abrir un local cultural para convocar y aglutinar a la militancia dispersa de aquellos años. Sus dos pasiones encontraron un cauce único, alquilaron una casona sobre la calle 6 de La Plata frente a la Facultad de Humanidades y la bautizaron con el curioso nombre de “Caprex”. Nombre que se popularizó rápidamente entre el estudiantado por su significado: cagazo pre examen. Rosa cocinaba y atendía el restaurante al mediodía. Toda la familia se instaló en unas piezas en el fondo

del local. Por allí pasaron poetas, pintores, actores y músicos de la talla del Tata Cedrón, el “Quinteto Tiempo”, “La Cofradía de la Flor Solar” (que fue el germen de Patricio Rey y los Redonditos de Ricota), y sin olvidarnos del grupo berissense “Quintango”, conformado por Omar Valente en piano, Walter Elenco Vasiloff en violín, Omar Lupi en bandoneón, Ramón Eiras en guitarra eléctrica y Néstor Mendy en contrabajo, que aún conserva el récord de entradas vendidas en un baile en el Hogar Social.

El proyecto “Caprex” duró cerca de un año, a las dificultades financieras se le agregó el rumor de que allí se reunían grupos revolucionarios. Las razias policiales fueron tan frecuentes que ponían en riesgo a los “habitués” y decidieron cerrar. Imar se convenció de lo que le sugerían desde distintos ámbitos. Era el momento de partir. El exilio era un viaje no deseado, pero en circunstancias como las que se vivían era lo aconsejable. Los compañeros realizaron los arreglos necesarios para el viaje a Cuba. Su hija mayor, Gabriela, rememoraba que *“primero viaja papá y en octubre del 70 viajamos mis hermanos con mamá. Al poco tiempo de llegar lo nombraron director de una revista técnica que se llamaba ‘Normas y Metrologías’, me acuerdo que decía: ¿qué hago yo en una revista técnica, si yo soy poeta?, y sin embargo fue reconocido como un buen director”*. En 1971 presentó su libro *Banderas reunidas* en la Casa de las Américas, por el que recibió una mención especial entregada por Nicolás Guillén. El premio consistía en un manuscrito del “Che Guevara”, perdido junto con todas las pertenencias familiares enviadas por barco al país. Colaboró con varios artículos en *El Caimán Barbudo*, un suplemento cultural del periódico *Juventud Rebelde*. Ganó en 1972 el primer premio de la Federación de Mujeres Cubanas con su poesía “Milonga al machismo”. En 1973 fue finalista del Premio David de Poesía. Perteneció a la “Brigada Hermanos Saiz”, un grupo de jóvenes escritores cubanos integrantes de la Unión Nacional de Escritores y Artistas Cubanos (UNEAC). Durante esos años, dentro del ICAP (Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos), fue el responsable de atender a los argentinos residentes, organizar actividades culturales y recibir a los artistas que visitaban Cuba.

En 1973 sus padres Miguel e Ida, y su suegra Delia, llegaron a la casa del Reparto Flores en el Municipio Playa de La Habana. Su padre ya estaba enfermo y murió en Cuba, así que decidió viajar con su madre acompañando sus restos a la Argentina. En ese viaje maduró la vuelta. Argentina estaba cambiando y él sentía la obligación de participar, formar parte de ese cambio. Se enamoró de ver volcada la juventud a la política, esto lo llenó de orgullo y se sentía en falta con sus compañeros. Cuando volvió de Berisso le planteó a su familia lo que pensaba *“nosotros vivimos muy bien, vivimos en paz pero allá están pasando las cosas que siempre soñé y tengo que estar allá, tengo que participar de los cambios que se están produciendo”*. Norberto Codina, un compañero de andanzas literarias en la patria de Martí, se acordaba que *“cuando se fue le hicimos una despedida en la hoy Sala Martínez Villena de la UNEAC. Todos vimos como un gran gesto revolucionario y de desprendimiento de su parte el renunciar a la vida cómoda, a su trabajo, al bienestar y a los numerosos amigos, en una sociedad que le era tan afín y lo había acogido como a uno de los suyos, por ir a defender sus ideales donde consideró que más falta hacía, y hacia donde lo llevaba el deber de hombre de bien”*. En noviembre de 1974 los Lamonega volvieron a la tierra de los saladeros de Don Juan Berisso, a fin de cuentas con sus más y con sus menos, su lugar en el mundo. Fue reincorporado a YPF pero no en la destilería de Ensenada sino en la “Casa Central” de Capital Federal, todos los días viajaba y comenzó a pensar que era necesario mudarse para allá. A su regreso se incorporó al PRT-ERP.

Gerardo Pacheco, amigo de la familia, se alegró con la vuelta “... Imar volvió de un exilio prematuro en Cuba, Gaby la hija mayor tendría 13 años y produjo una locura en el barrio por su acento cubano, caribeño, era preciosa y extrovertida. Imar recuperó su trabajo pero nunca se distrajo de los movimientos de la realidad argentina; lamentó la muerte de Perón porque predijo en cierta forma lo que acontecería, no literalmente, sino que era claro que Isabel sería destituida y en su lugar volverían los militares. Lejos de presentir el nivel de violencia estatal que sobrevendría, pero certero en la idea de preservar a las familias. Era un hombre de consulta, hay mucha obra poética suya que ha circulado, perviven libros suyos que denotan el compromiso que tenía con el desarrollo de una revolución popular que no pudo concretarse. En cuanto se confirmó ese 24 de marzo de 1976, el derrocamiento del frágil gobierno de Isabel, empezó para muchos argentinos una odisea de supervivencia ante la irrupción de métodos inéditos del horror estatal. Ante las primeras noticias que la metodología era el secuestro y desaparición de militantes populares, con las consecuencias luego socializadas del espanto, Imar, que vivía en la casa de su madre Ida, a pasos de la iglesia ‘Santos Pedro y Pablo’ del barrio Banco Provincia, tomó una decisión que lo muestra como un impresionante héroe de las luchas populares. Cada día, llegada la noche, Imar recluía a su familia en las habitaciones de la casa y se sentaba con la pava y el mate, a esperar, pensando que en cualquier momento lo vendrían a buscar, hasta que sucedió”.

La noche previa a la Navidad del 76 Gabriela daba vueltas en la cama “me costaba dormir, me levanté cuando escuché el ruido de autos que paraban, de puertas que se cerraban. Papá estaba en la cocina, la casa tenía dos piezas: en una teníamos productos de YPF que vendía mi viejo después que lo echaron del trabajo y en la otra dormíamos en camas cucheta y la cama matrimonial todos juntos. Escucho los portazos, miro por la ventana y veo botas, no me sorprendí, de algún modo los estábamos esperando. Voy a la cocina y le digo: Papá, los milicos, mi mamá se despierta y le grita, le decían Pocha a mi mamá, ‘Pocha guardá los cheques, todo lo de valor porque nos van a afanar’. Sabíamos que en los operativos se robaban lo que encontraban. Los milicos golpean la puerta muy fuerte: ¡Abran, es el ejército! Abro y entran, a papá lo llevan a la cocina, a mamá a la habitación donde estaban mis hermanos, a mí me dejaron en el pasillo haciéndome preguntas sobre un amigo, yo tenía dieciséis años, estaba con camión, muy menudita muy flaquita parecía de trece, el responsable estaba vestido de fajina, había otros con pasamontaña, con peluca, parecían hippies, uno de ellos pregunta ‘¿qué hacemos con ella?’ el jefe me mira de arriba abajo y dice ‘es muy pendeja, dejémosla’ y me llevan a la pieza con mi mamá, escuchábamos que le pegaban muy fuerte a mi papá, rompían lo que encontraban, estaban buscando obviamente cosas de valor, papá hablaba muy fuerte, había uno que le decía ‘yo te conozco perfectamente’; ‘bueno, si me conocés, sabes que no estoy en nada’, ‘sabemos en qué andas’. Y así estuvieron un buen rato. En un momento preguntan por qué estaba la habitación cerrada con llave y se alucinaron cualquier cosa, y mi viejo les cuenta que tenemos productos de YPF, como no encontraban la llave casi le pegan un tiro para romper la cerradura y mi papá a los gritos: ‘¡No le peguen un tiro que volamos todos!’; se pusieron peor, después apareció la llave, abrieron, vieron que eran aerosoles de flit, lubricantes, latas de aceite de YPF y se tranquilizaron. Seguían con las preguntas, le ponen una capucha y le atan las manos atrás. Uno que parecía un hippie entra al cuarto donde estábamos, tenía anteojos grises, mi hermano Adrián se despierta, lo maltrata, le pone una almohada en la cabeza, ‘cállate, pendejo, no abras la boca’, mi hermano no entendía qué pasaba, hubo una especie de discusión porque le tapaban la cabeza. Milena tenía ocho años

y estaba en la cama, el tipo se acerca de muy mala manera le pone una pistola en la cabeza a mi hermana 'quédate quietita', porque nosotros pedíamos que no hicieran absolutamente nada, 'quédate quietita porque si no la que sufre las consecuencias es tu hermana', vino otro con una ametralladora, le pedí por favor que la escondiera para que mi hermana no se asustara, dijo que no, pero después la escondió. En un momento el jefe que estaba con mi viejo en la cocina dice 'bueno, vamos que lo llevamos'. Papá se despide de nosotros, se despide de mamá diciendo 'Pocha, fuiste lo que más amé en la vida' y se lo llevan. Lo arrastran de los pies y lo suben a uno de los camiones que estaba esperando. A nosotros nos dejan encerrados y amenazados '¡No salen de acá hasta que amanezca porque los barremos!'. Con el bajón y la desesperación que teníamos nos quedamos hasta que amaneció. Habían dejado las llaves del lado de afuera, mi hermano logra saltar por la ventana, abrimos la puerta y vamos a lo de mi tía que vivía en el mismo barrio. Al rato llega la esposa de Juan Minko, compañero de papá de la época del grupo de Teatro del Hogar Social, diciendo 'lo vinieron a buscar pero se fue a España', se había salvado. Mi vieja, la mira y dice: 'Se llevaron a Imar'. Y desde entonces, no paramos de buscar".

Rosa o Pocha fue a las comisarías, presentó tres Habeas Corpus, se puso en contacto con las monjas francesas Léonie Duquet y Alice Domon, que la ayudaron y guiaron en la búsqueda. Denunció en plena dictadura, la desaparición ante Amnesty International y en el Ministerio del Interior. Ya en democracia, en los "Juicios por la Verdad" que conducía el juez Leopoldo Schiffrin, el primer magistrado en hablar de "Genocidio" y "Terrorismo de Estado". Pudo dilucidar a partir de los diálogos reconstruidos que la Marina tuvo que ver con el secuestro y el posible traslado a Magdalena. Según otras versiones, habría sido visto en Arana, pero hasta hoy no se ha podido confirmar su destino final.

Imar nunca dejó de escribir, sus poemas sueltos, los que sobrevivieron al exilio, las cartas a su compañera, o los que sembrando futuro y esperanzas volaron a manos de sus amigos, fueron recopilados por Gabriela y publicados en 2010 por la Editorial de la Universidad de Nacional de La Plata (EDULP). El libro *Banderas reunidas* compiló *Tres Aires para dos Pueblos*, cuya primera versión fue publicada en Cuba. Las banderas reunidas son la cubana, la argentina, el texto y la música que salen de esas banderas empiezan y terminan en nuestra ciudad, donde se presentó. Gabriela, apretando la emoción en su garganta expresó ese día "Berisso es y será mi casa, porque es el seno de las familias y lugares donde compartimos las cosas vividas más maravillosas y también los grandes dolores. La esencia de lo que somos. Los recuerdos se agolpan, estallan en una fiesta de utopías. Fueron las huelgas que marcaron historia, las vividas y las contadas: YPF, el Swift, Astilleros, Propulsora, la Hilandería, el Armour. Nuestros obreros y obreras que hicieron que la cosa fuera diferente. Los carnavales gloriosos, las bombas de agua, las comparsas, el corso, la 'Cuna del Inmigrante', la Nueva York. Fue la Escuela de Arte que casi nos apropiamos por amor al arte y porque era nuestro lugar de pertenencia a pesar de los pesares. Fue Palo Blanco, La Balandra, las mateadas, guitarreadas y poesía en casa, en casa de Muñeca o de los Manso. Las discusiones políticas hasta que amanecíamos con más esperanzas. Las pintadas, las corridas, el mismo lenguaje con algún que otro matiz distinto. Y tanto más, tanto. Nuestra casa es historia dentro de la historia del país. Es nuestro orgullo porque sus hijos así la hicieron y la siguen haciendo. Luego la noche más oscura. Los mayores cobardes de la historia nos arrancaron las bellezas, sin darse cuenta que las hacían más bellas, con sus almas puras, fuertes, firmes, heroicas, que

existirán por siempre mientras mantengamos nuestra memoria intacta, y pasará a nuestros hijos, a nuestros nietos, a los nietos de nuestros nietos. Ya son eternos”.

Imar Miguel Lamonega continúa desaparecido. Tenía 42 años. Aún espera justicia.